

á Dupanloup y á Cochín y por colaboradores principales á Thureau-Dangin y á Esteban Recamier. Tuvo, sobre todo, un jefe de redacción que le consagró toda su vida.

Este se llamaba Francisco Beslay. He pintado en Clemente Duvernois un periodista que no tuvo más que una pasión, la de abrirse paso. El hombre que acabo de nombrar también tuvo una pasión única, pero fué la de servir bien. Dios le había concedido todo lo que asegura el éxito. Su inteligencia era, sobre todo, notable por el maravilloso cúmulo de dones que ordinariamente se excluyen. Delicado y vibrante por naturaleza, era maestro en la sátira y en la emoción. Su espíritu se mostraba atento á todos los progresos modernos, y su alma se abría á todas las grandezas del pasado. Con la misma feliz y viva disposición hubiera desenredado la más ardua de las cuestiones de cifras y expresado toda la poesía de las antiguas leyendas. Tenía arranques de piedad que encantaban y accesos de alegría loca como un verdadero chiquillo de París. Todo en él era claro, su pensamiento, su estilo, su mirada... Siendo todavía joven, había llamado la atención en el Palacio de Justicia por la precocidad de su saber jurídico. Al mismo tiempo se ejercitaba en las letras y en la crítica, se revelaba conferenciante lleno de gracejo, y lo único de temer era que la variedad de sus aptitudes hiciese que ninguna llegase á la perfección. Tenía poco más de treinta años cuando le fué confiada la dirección del *Français*. Abrazada esta carrera, concibió la ambición de no imitar á nadie. Todos los periódicos se habían sujetado más ó menos á un partido: con una firme y modesta osadía, él resolvió no pertenecer más que al partido de su propia conciencia. Lo original del designio estuvo en lo siguiente. Habiéndose penetrado de los preceptos del Evangelio, Francisco Beslay se persuadió de que estas máximas serían vanas si no amoldaba á ellas su vida profesional, y á pesar de todas las tentaciones de ataques ó de represalias, se impuso la caridad como una ley. Otra de sus originalidades consistió en el completo desdén del beneficio material: formó el propósito de rechazar todo negocio mercantil, toda especulación financiera, y después de haber adquirido consigo mismo este compromiso, lo cumplió hasta el fin. Su ambición era ganar almas, agrupar en torno de su periódico una generación renovada que amase lo que amaba él, es decir, Dios, la Patria y la Libertad, y que, virilmente mezclada en los negocios públicos, hiciese honrar en ella el nombre cristiano; y de la abnegación que predicaba, él dió el ejemplo. Al revés de la mayoría de los escritores, que son los hombres más personales del mundo, escogía los trabajos más ingratos, ocultaba bajo el anónimo lo que por fuerza hubiera tenido que valerle elogios y, fraternalmente mezclado con sus colaboradores, daba importancia á la parte de los demás para quitársela á la suya. Habiendo elegido la carga más pesada, la llevaba alegremente y sin que su alma dejase adivinar el peso. Si había una responsabilidad que asumir, un obstáculo que vencer, él era el primero: el humilde se mostraba entonces orgulloso, el afable se volvía firme, y los que lo rodeaban podían entrever en un instante lo que aquel hombre llegaría á ser un día si Dios proporcionase su destino á su mérito. Ese perpetuo olvido de sí mismo no era in-

diferencia por la fama, pues hubiera gozado del éxito como nadie, sino sacrificio cristiano perpetuamente renovado. En la época que narramos, ese hombre admirable inauguraba su obra, pero con algunas tristezas, pues adjurando todo espíritu de partido, provocaría contra él la liga de todos los que no vivían más que de pasiones. El que había pedido como una gracia la privación de toda recompensa humana fué satisfecho, y más de lo que hubieran deseado sus amigos. Murió joven, dejando en pos de sí mucho bien, pero oscuro; varoniles y deliciosas páginas, pero dispersas, y un recuerdo indeleble en el corazón de algunos compañeros dignos de él. No dudo que muchos de los que me lean se sorprenderán de la evocación de ese nombre algo olvidado. Aunque la historia general deba desconfiar de esas tentaciones, no he podido resistir al deseo de ahondar, como se hace con una inscripción que se borra, los rasgos de esa existencia tan corta, tan llena y tan pura. En la galería de los periodistas contemporáneos, Francisco Beslay ocupa un puesto en que no hay peligro de competencia: representa la santidad, la santidad amable, mortificada y alegre. Bajo ese aspecto aparece con una originalidad conmovedora y que vale, sobre todo, por el contraste. Según el Evangelio, «escogió la mejor parte.» ¿Qué colega suyo no hubiera escogido todas las demás?

## IX

Ese personal, cuyos diversos elementos acabamos de describir, había de ser el del imperio nuevo, el que durante los últimos meses del reinado había de tomar parte en los negocios públicos ó acercarse al poder mediante una evolución más ó menos resuelta. A estas horas, tales preocupaciones del porvenir, aunque muy vivas todavía, se borraban un poco ante un cuidado más urgente. El año de 1869 que acababa de empezar sería el de la renovación de la Cámara. El 27 de abril se publicó un decreto convocando á los electores para los días 23 y 24 de mayo.

Por tercera vez desde el principio del imperio, el pueblo estaba llamado á nombrar sus representantes. En 1857 se había acercado á las urnas tímidamente, con una especie de temor reverente y como asombrado de que lo consultasen. En 1863 había manifestado ya deseos bastante vivos, pero con estrechas miras, y el programa de la oposición había ido apenas más allá de lo que Thiers llamaba las *libertades necesarias*. En 1869 las reivindicaciones iban á surgir de todas partes, con un ardor inquieto y confuso; y todo lo que hasta entonces se había contenido iba á hacer irrupción con violencia.

En el mes de abril empezaron á presentarse las candidaturas. En los departamentos, al menos en aquellos en que dominaba la población rural, los candidatos de oposición (monárquicos, liberales ó demócratas) habían experimentado demasiado en 1863 los desfavores del sufragio para no desconfiar del escrutinio que se anunciaba. Bajo la impresión de aquellos recuerdos, habían procurado precaverse contra nuevas derrotas. Los vencidos de diferentes comuniones políticas se habían aproximado unos á otros sin fijarse demasiado en lo que les separaba. De sus reflexiones, de sus entrevistas

había nacido una combinación que substituiría el aislamiento con la coalición. Cada grupo, reducido á sus propias fuerzas, había de estrellarse contra los poderosos elementos de la candidatura oficial; pero si estos mismos grupos reunían sus fuerzas, el éxito, sin ser seguro, dejaría de ser quimérico. La magnitud de las divergencias, el ardor de los deseos no permitía que viniesen á un acuerdo antes de una primera manifestación de la voluntad popular. La opinión general fué, pues, que cada partido había de tener desde luego su candidato corriendo por su cuenta los riesgos del escrutinio. Esperábase que la multiplicidad de candidaturas tendría por primer resultado ocasionar un empate. Después del primer escrutinio, todas las oposiciones votarían por el candidato de las mismas que mayor número de votos hubiese obtenido. En años anteriores se había practicado igual inteligencia, aunque sin mucha eficacia, en varias circunscripciones y particularmente en el Mediodía. A dicha coalición contra el enemigo común, el público y los mismos partidos le habían dado el nombre de *Unión liberal*. En 1869, la oposición se disponía á continuar la misma maniobra, pero con mayor cohesión y de un modo más general. Los partidarios más entusiastas de esa conducta eran los legitimistas liberales como Larcy, los orleanistas como Prevost-Paradol y los republicanos moderados como Ernesto Picard. *La Gaceta de Francia*, *El Diario de los Debates* y *El Elector Libre* se complacían en desarrollar esta tesis. En cambio tenía adversarios resueltos, tales como los realistas intransigentes, habituales lectores de *La Unión*; y, sobre todo, los republicanos sectarios ó radicales. En cuanto á los periódicos oficiosos, mostrábase asombrados y afligidos de que hubiese católicos, hombres de orden, que en odio al imperio, pudiesen dar la mano á sus peores enemigos; y, desde la tribuna del Cuerpo legislativo, uno de los miembros más influyentes de la derecha, Jerónimo David, acababa de denunciar la alianza con indignación.

No tardaron en aparecer en las esquinas las profesiones de fe. En medio de las demostraciones de abnegación, de los proyectos y de las promesas, repetíase una declaración que merece ser señalada. El tema casi invariable de los manifiestos electorales es la protesta contra el *gobierno personal*. Esta palabra resuena como la expresión decisiva de la cual todo el resto no es más que el desarrollo. Lo más singular es que muchos candidatos oficiales emplean esa fórmula de sus adversarios reproduciéndola por su cuenta. Al principio del reinado todas las miradas se dirigían hacia el soberano, pero con una preocupación dominante, la de buscar lo que fuese posible arrebatarle.

Por otra parte, las circulares electorales no son menos sugestivas. Todas, ó casi todas, reclaman una disminución de las cargas militares. Los candidatos de la izquierda democrática se pronuncian por la supresión de los ejércitos permanentes. En cuanto á los liberales, piden una disminución de las levas anuales, y sobre este punto, la mayor parte de sus competidores las copian más ó menos servilmente. En 1854, en 1859, en la época de las guerras de Crimea y de Italia, el Cuerpo legislativo había votado sin murmurar contingentes de ciento cuarenta mil hombres, y ahora que se acercaban supremos peligros, no se hablaba más que de desarme.

Lo que hoy parece imprevisión se explicaba por las disposiciones naturales de los ánimos, por la duda sobre la sensatez del emperador, por la esperanza de una especie de fraternidad europea en que se disolverían las antiguas ideas de rivalidad y de conflicto. Esas ideas, que contenían muchas ilusiones, ocultaban también un poco de vanidad. Se figuraban que para asegurar la paz bastaría que Francia no quisiese alterarla.

Desde la instauración del imperio, los candidatos no habían sido nunca tan numerosos. Los hubo de todos matices, de todas profesiones y de todas procedencias. Los orleanistas tentaron fortuna con el duque Decazes, el príncipe Alberto de Broglie, los señores de Remusat, Bocher, Prevost-Paradol, Hervé y el general Chabaud-Latour. Los legitimistas propusieron el Sr. de Falloux á los electores del Vandeado, y el Sr. de Larcy á los del Hérault y del Gard. En el Orne se presentó un personaje de cuya singular elocuencia empezaba á hablarse y que en 1866 había estado á punto de triunfar contra todas las fuerzas oficiales: este era el duque de Audiffret-Pasquier. Los partidarios del libre cambio tuvieron por candidatos á Luis Passy y León Say, mientras que en Normandía los proteccionistas tomaban por bandera el nombre de Pouyer-Quertier. Los señores Allou y Laboulaye, que encarnaban el liberalismo puro, independiente de toda forma gubernamental, presentáronse candidatos, el primero en Maine y Loira y el segundo en Sena y Oise. La perspectiva de un mandato legislativo tentó hasta á los que habían parecido vivir exclusivamente consagrados á los estudios especulativos; de este número fué Renán, que solicitó el sufragio de los electores de Sena y Marne.

Al sufragio universal no le gustan los hombres de ingenio, los refinados, los eclécticos; no los acoge sino raras veces y como accidentalmente. Los hombres de talento que acabamos de citar representaban matices demasiado delicados á los ojos de las muchedumbres. Las circulares, llenas de frases ingeniosas, fueron con frecuencia el primero y el último acto de su vida pública. Algunos, como Allou, previendo una derrota, se retiraron antes del escrutinio. Para estudiar y comprender bien la lucha, hay que penetrar en esferas más ruidosas. En una palabra; las elecciones de 1869 fueron, sobre todo, memorables, porque señalaron, por lo que toca á París y á las grandes capitales de provincia, la primera entrada en escena del partido radical.

Todos los que hasta ahora no han sido más que pasantes de la política se precipitan en una gran confusión de concupiscencias y ambiciones. Gambetta, famoso desde el proceso Baudin, se convierte en rival de Carnot; Ferry, puesto de relieve por un folleto contra Haussmann, disputa el puesto á Guérault; Brissón y Herold inician, aquél en la sexta y éste en la séptima circunscripción, candidaturas que no pueden prosperar. París es demasiado pequeño para semejante superabundancia de competencias. Floquet emigra al Hérault, donde va de pueblo en pueblo, pegando él mismo sus carteles. Laurier se presenta en el Var, donde proclama la política «irreconciliable.» Al lado de los jóvenes surgen los *aparecidos*, gente que se creía muerta desde hacía mucho tiempo, y cuyos nombres despiertan difícilmente en las memorias antiguos recuerdos dormidos: Cantagrel viene á reivindicar su puesto de

diputado, vacante, según dice él, desde el 13 de junio de 1849; Raspail aparece como rival de Garnier-Pagés. La demagogia, que tiene sus curiosos y sus fanáticos, tiene también sus hombres sin posición. En las reuniones electorales de la segunda circunscripción se exhibe á un antiguo par de Francia, convertido en competidor radical de Thiers. Llámase el conde de Altón-Shée: una mano amiga lo guía hasta el estrado (porque está ciego), y con voz cansada por los años lanza al auditorio que no ve palabras apasionadas y sin fuerza que no se oyen. Como adversario de Ollivier surge del destierro Bancel, el hombre de las sonoridades de voz. Algunos caen en la cuenta de que Baudin dejó un hermano, y, en memoria de Alfonso Baudin, muerto mártir, se proclama candidato á Jorge Baudin. Los que en las reuniones públicas se han creado fama á fuerza de violencias no se resignan á esperar, y la lista de los aspirantes á diputado aumenta con los nombres de Lefrançais, Briosne y Julio Vallés. Se tiene cuidado de presentar los candidatos que más puedan mortificar al emperador, y designase á Rochefort, refugiado en Bruselas, para combatir á Julio Favre.

El gobierno no estaba seguro de poder dominar aquel tumulto. Impotente en París, puso toda su atención en las provincias.

Hemos dicho el partido que contaba sacar del sistema de las candidaturas oficiales. Apelo á todos los viejos resortes, aunque con menos eficacia, pues los amigos eran más tibios y los adversarios menos fáciles de intimidar. A las antiguas prácticas se unían otros medios de influencia, inspirados por la conducta del enemigo. Entre los argumentos propios para impresionar al sufragio universal hubo, sobre todo, dos que parecieron sugestivos y oportunos.

El primero consistía en oponer á la falsa democracia, que era la de los clubs, la democracia verdadera, que era la del emperador. Un día los periódicos oficiosos referían, con muchos comentarios, que el soberano había querido presidir en persona la reunión general del Consejo de Estado que elaboraba entonces la ley sobre la supresión de las libretas de trabajadores. Otro día los mismos periódicos enumeraban los títulos y buscaban el origen de los candidatos, poniendo de relieve el cuidado de Napoleón para descubrir el mérito hasta en las clases más humildes. Seguía una teoría que no era, propiamente hablando, ni la del imperio autoritario, ni la del imperio liberal, sino la del imperio progresista. El periódico que con más celo desarrollaba estas doctrinas era *Le Peuple*, y su redactor en jefe, Clemente Duvernois, candidato oficial en los Altos Alpes, se presentaba como ejemplo vivo de la solicitud del emperador en acoger á los hombres nuevos. Dentro del mismo espíritu, se publicó un folleto que presentaba en un vasto cuadro sintético todas las mejoras sociales realizadas bajo el imperio. Del folleto, tirado en la imprenta del *Journal Officiel*, se distribuyó un número infinito de ejemplares. La obra detallaba todo lo que el soberano había hecho en favor de las habitaciones obreras, las sociedades cooperativas, las casas-cunas, las escuelas, los orfanatos, las cajas de retiro, los hospitales y los hospicios. La comparación se imponía por sí misma: á un lado declamadores estériles, pródigos de palabras y nada más que de palabras; al otro lado un

gobierno activo, ilustrado, que empezaba su tarea y sólo aspiraba á completar sus beneficios.

Este lenguaje se dirigía, sobre todo, al pueblo: el segundo argumento iba encaminado, sobre todo, á los burgueses. A intervalos, las correspondencias oficiales, enviadas de París á provincias, se extendían en sombríos pronósticos: contaban los excesos de los clubs, hablaban de las sociedades secretas y evocaban los nombres famosos en la historia de los trastornos civiles. Después de haber señalado el abismo, hacían observar que sin el emperador no habría calamidad inverosímil, pero que gracias al emperador, y sólo al emperador, se podía vivir tranquilo. Un día llegaron á Lilla grandes paquetes del periódico *Le Reveil*, sin que se supiese quién los enviaba, y los números, distribuidos también por manos misteriosas, fueron á parar á casa de los bonapartistas tibios y de los conservadores indecisos. El artificio no era nuevo, pero ¿qué importaba? Lo esencial era defenderse, si no por medios inéditos, por medios eficaces. El intento se acentuó aún más con la publicación de un libro en que se resumían las sesiones más tumultuosas de los clubs. El autor era un periodista oficioso, el Sr. Vitú, antiguo director de *L'Étendard*. Una hábil propaganda difundió la obra por todas partes, y los periódicos oficiosos publicaron de ella numerosos extractos. Nada se omitía en esta publicación, ni las necesidades de los curiosos, ni las excitaciones de los criminales. Republicanos y demócratas de todos matices denunciaron con grandes arrebatos de cólera la nueva evocación del *espectro rojo* y la prolongación de sus clamores probó que el golpe había surtido efecto.

Cualesquiera que fuesen las preocupaciones electorales en provincias, la atención no se apartaba de París sino para volver á fijarse en él en seguida. En ciertos barrios de la capital se sostenían luchas dignas de recordarse.

En la tercera circunscripción, la rivalidad de Ollivier y de Bancel adquiría proporciones de un acontecimiento político. El primero representaba la democracia liberal y el segundo la tradición revolucionaria. Ambos se hallaban en la plenitud de la edad y del talento. Por un singular coincidencia, uno y otro tenían un origen parecido, pues ambos habían sido víctimas del golpe de Estado y habían vivido en medio de las narraciones del destierro. Pero Bancel, establecido en el extranjero, se había estacionado en la leyenda de 1792, limitándose á disimular sus lugares comunes bajo formas elocuentes, mientras que Ollivier se había desprendido pronto de la leyenda y, en su espíritu renovado, no había conservado más que un culto, el de la libertad. La naturaleza del mandato confiado á Bancel daba á la lucha el carácter no de una competencia electoral, sino más bien de un duelo. Los que patrocinaban la candidatura de Bancel lo habían designado con la misión precisa de derrocar al que era á la vez traidor é indigno. «No sois para mí un competidor, sino el portavoz de un insulto,» escribió Emilio Ollivier á su rival; y le provocó á una especie de torneo oratorio en que se explanarían la acusación y la defensa. Bancel no aceptó el reto y se escudó con el pueblo, único juez y único soberano. Ambos candidatos expusieron separadamente su programa, si de programa puede hablar-

se tratándose de Bancel. Oyéndole, el oído se sentía tan gratamente acariciado, que la sensación de la melodía borraba todo lo demás. El auditorio, envuelto en las ondas sonoras de aquella elocuencia, difícilmente se desprendía de ellas, y los sofismas se absorbían en los raudales de armonía como en una ópera la letra se pierde en la música. Por su parte Ollivier expuso sus miras con una gran serenidad de conceptos en una reunión muy tumultuosa celebrada en el teatro del Châtelet. Todas las probabilidades de triunfo estuvieron pronto de parte de Bancel. Pero súpose al mismo tiempo que los electores del Var se disponían á nombrar al que París repudiaba.

En la Chapelle, en Belleville y en la Vilette, la lucha no era menos sugestiva. Gambetta, contrincante de Carnot, personificaba la joven democracia ávida de reemplazar á la antigua. El temperamento de cada uno de los competidores presagiaba el resultado de la elección. Carnot era viejo, de elocuencia cansada, inmovilizado en el arcaísmo de las fórmulas liberales: Gambetta era joven, listo, exuberante, y estaba dispuesto á aceptar toda fórmula con tal de triunfar. Carnot personificaba la República de 1848, gobierno impopular, tachado de debilidad y de moderantismo. Gambetta representaba ese algo indeterminado, lleno de vaguedad, de seducción y de esperanza, que se llama el porvenir. Carnot no invocaba más que servicios antiguos: Gambetta recordaba el reciente alboroto del proceso Baudin. Un grupo de delegados sometió al joven candidato un programa que contenía las aspiraciones de la democracia radical; programa que abundaba en aberraciones, utopías, iniquidades ó contrasentidos. Enardecido por la ambición, Gambetta lo firmó todo. El quería todo lo que querían sus electores, la modificación completa de los impuestos, el reclutamiento de todos los funcionarios por elección y la supresión de los ejércitos permanentes. Las reuniones públicas acabaron de asegurar el triunfo. Gambetta se mostró en ellas con todos los dones que había recibido de la naturaleza: una voz de trueno, una vehemencia mezclada de buen humor, una destreza llena de perspicacia y un optimismo lleno de confianza que tranquilizaba á sus adeptos y confundía á sus adversarios. Rompió ruidosamente con las rutinas del antiguo liberalismo y proclamó que la libertad no era un fin, sino un medio. Declaróse *irreconciliable* con el gobierno, frase que hizo fortuna y que Laurier inventó en el Var al mismo tiempo que él. ¿Qué había de hacer el viejo Carnot sino sucumbir? Todas las desgracias le cayeron encima, hasta la de que un día le llamasen clerical. Después de las sesiones de los clubs, cuando Gambetta bajaba hacia el bulevar, le rodeaban sus amigos, manifestando una sorpresa inquieta por todo lo que había prometido y asombrándose de las amistades sospechosas que contraía. A esto contestaba él con una risa de buen humor, como hombre que va á lo más urgente y deja lo demás para lo porvenir. Si insistían, si le aconsejaban que rompiese con «la cola de su partido,» él replicaba con mayor jovialidad: «¡Cortar mi cola! ¡No en mi vida! Pero le pondré corbata blanca y la presentaré en la buena sociedad.»

A la democracia le gusta cambiar de ídolos. El mismo partido que en Belleville ensalzaba á Gambetta, sil-

baba á Julio Favre en el arrabal de San Marcelo. El ilustre abogado había podido medir ya la decadencia de su popularidad. Poco tiempo antes, habiendo ido á Lyon, su ciudad natal, se le presentó una delegación obrera osando imponerle una declaración de ateísmo y una adhesión al mandato imperativo. En presencia de la negativa desdeñosa del ilustre orador, la delegación pronunció contra él el ostracismo. Igual percance le esperaba en París. Nunca se había presentado en las reuniones públicas y llevaba la ilusión ignorante al extremo de creerlas inofensivas. «No me figuraba, ha confesado después, que pudiesen ejercer una influencia seria en la sociedad; yo estaba persuadido de que el im-



Clemente Duvernois

perio exageraba muchísimo su importancia, á fin de asegurarse por esa parte un medio de gobierno.» La experiencia le desengañó muy pronto. A las primeras palabras que brotaron de sus labios invocando la justicia, la fraternidad y la libertad, elevóse una inmensa protesta contra estas fórmulas anticuadas. Varias veces trató de dominar la tormenta. «No he resistido al imperio, repetía, para dejarme guiar por la opinión pública.» Pero le amenazaban, le llamaban traidor: los más eruditos, aludiendo á su elocuencia rebuscada, lo calificaban de «Isócrates meloso y bilioso.» El mismo ha referido sus percances electorales: «Al salir de las reuniones me acompañaron varias veces las invectivas y los ultrajes más extraordinarios. Una noche fui protegido por la policía. Se habían propuesto volcar mi coche y derribarme á mí con él (1).» Mientras tanto, todo lo que era impopularidad para Julio Favre se transformaba en favor para Rochefort.

En el barrio de San Germán, Julio Ferry aspiraba á la sucesión de Guérout como Gambetta en Belleville á la de Carnot. Puesto en un aprieto entre los conser-

(1) *Enquête sur l'insurrection du 18 mars*, declaración de Julio Favre, pág. 40.

vadores que le repudiaban y los republicanos que acusaban sus relaciones sospechosas con el Palais-Royal, Guérault no tardó en sentir que el terreno se le hundía bajo los pies. Lo que caracterizó la lucha en esos barrios fué la intervención del candidato católico Cochin. Ya hemos citado á este hombre, uno de los más honrados de su época, uno de esos cuyo destino incompleto merece ser más lamentado. Hallábase entonces en la madurez de su edad; era igualmente apto para pensar y para decir bien, laborioso y activo, de sentido recto, y tomaba parte en todo lo que se realizaba de útil, caritativo y bueno. Se persuadió de que sus servicios, añadidos á los de sus padres (pues la abnegación era hereditaria en la familia), le daban derecho á intervenir en los negocios de su país. Como en él no había nada que ocultar, las reuniones electorales, con su publicidad, lejos de asustarlo, lo atrajeron. Presentóse en ellas con una firmeza suave, como cristiano que cumple con un deber y como ciudadano que ni teme ni busca las tormentas. Maravillaba el verle, débil de cuerpo é intrépido de alma, pronto á la réplica, infatigable, leal hasta el candor, cortés hasta la más exquisita urbanidad, tan pronto ingenioso como sentimental, unas veces elevado y otras familiar, hábil en confundir á sus adversarios por medio de la elocuencia, y hábil también en desarmarlos con sus ocurrencias, porque nadie le ganaba en ingenio. Desde la segunda noche se levantó una especie de objeción, poco distinta desde luego y murmurada como de concierto por varias voces. Pronuncióse luego la palabra *Syllabus*, que fué repetida con la enervante persistencia de un estribillo. «¿Qué piensa el Sr. Cochin del *Syllabus*?» preguntó un elector. Veinte más repitieron la pregunta. Ya se había dado con el medio de obstrucción. Aquella noche, el candidato decía á sus amigos: «Creo que el *Syllabus* será el fusil de aguja contra mi candidatura.» Durante quince días, el fusil de aguja tiró sin cesar, y sus detonaciones fueron tan fuertes que dominaron todos los demás ruidos. De este modo iba á ser eliminado de la vida pública el único candidato que pertenecía realmente á la ciudad de París por el domicilio transmitido de padres á hijos, por la abnegación tradicional y por los constantes hábitos de beneficios.

## X

«Se esperan aquí elecciones increíbles,» escribía Mérimée á Panizzi el 7 de mayo de 1869. Ese temor era la expresión de un sentimiento muy general. Los resultados no respondieron á esta aprensión. Otra vez las masas rurales ahogaron á los sufragios hostiles en la corriente en sus sufragios aprobatorios.

No solamente salvaron al imperio, sino que le permitieron proclamarse victorioso.

Monárquicos, orleanistas, eclécticos de todos matices, todos resultaban envueltos en una común derrota. Según los cálculos más fidedignos, el centro izquierdo y el tercer partido conquistaron unas veinte diputaciones nuevas: entre los elegidos figuraban hombres tan notables como Darú, Keller y Barante. En cambio habían experimentado sensibles derrotas: las pérdidas más lamentables eran las de Pouyer-Quertier y de Lambrrecht. Emilio Ollivier, derrotado en el departamento

del Sena, triunfó en el Var. Thiers, después de un empate, acababa de ser elegido en París. En cuanto á los hombres de los partidos extremos, habían logrado hacer mucho ruido; pero, á última hora, los electores habían retrocedido ante las supremas temeridades. Cinco ó seis nombres personificaban, como Raspail, el llamamiento al desorden, ó como Bancel, Esquirós, Gambetta y Ferry, el radicalismo en las doctrinas. La izquierda democrática, en su conjunto de unos treinta miembros, se compondría de republicanos burgueses, poco diferentes de los que se habían visto en la última asamblea. Julio Favre, tan combatido, triunfó en el segundo escrutinio, lo mismo que Garnier-Pagés. Entre los demás elegidos de París figuraban Picard, Simón y Pelletán. Era, como se ve, el antiguo personal, aunque apenas repuesto de rudos ataques. Descontadas esas pérdidas, en el resto de la Cámara iba á encontrarse la antigua mayoría que aún podría dominar como antes, con la condición de seguir teniendo confianza en sí misma y encontrar jefes para dirigirla.

Si no se consideraba más que la estadística, el gobierno podía felicitarse. Pero he aquí lo que reveló la decadencia del imperio: victorioso, Napoleón no pudo darse la entera seguridad que nace de la victoria, ni comunicar esa seguridad en torno de él.

En el público sobrevivió al escrutinio el recuerdo de las palabras facciosas que se habían oído. El resultado material era tranquilizador; pero, por vez primera, el ejército del desorden había desplegado sus cuadros. ¿Cuál sería el desenlace cuando, mejor organizado, mejor preparado, sobre todo, renovase la batalla? Ciertas cifras provocaban comentarios cavilosos; Rochefort había sido derrotado, pero, con sus catorce mil votos, cómo se había acercado al éxito! Raspail, elegido en Lyon, había tenido en París cerca de quince mil sufragios. Hasta Cantagrel reunió siete mil votos. Bancel y Gambetta no habían triunfado solamente en la capital, sino que también resultaban elegidos el primero en Lyon y el segundo en Marsella. En el Mediodía habían reaparecido varios nombres que se creían olvidados; tal era el de Alfonso Gent, que había reunido trece mil votos en Vaucluse. Radicales y socialistas no habían forzado la entrada del Palacio Borbón, pero se quedaban á la puerta, y el peligro parecía más bien diferido que conjurado.

Graves desórdenes materiales prolongaron la turbación de los espíritus. Las elecciones de empate habían terminado el 7 de junio. En la noche de aquel día, conocida la derrota de Rochefort, formáronse grupos en el barrio de la Sorbona y en la plaza del Hotel-de-Ville. Luego la agitación fué y se concentró en el bulevar Montmartre. Al principio las manifestaciones fueron inofensivas. Sin embargo, habiendo querido un comisario de policía hacer evacuar un café, sus agentes fueron acometidos y él mismo resultó herido.

La animación, producida por la lucha reciente, podía, en rigor, explicar aquel tumulto. Al día siguiente, 8 de junio, á la caída de la tarde, se renovaron las mismas escenas en los mismos sitios: el público asaltó los kioscos, prendió fuego á los periódicos reaccionarios, entonó la *Marsellesa* y no se restableció la tranquilidad hasta muy entrada la noche.

Esperábase que aquellos simulacros de motines habrían acabado. Pero sucedió lo contrario. El día 9, al

anochecer, formáronse numerosos grupos en los bulevares. El calor echaba á los parisienses fuera de sus estrechas viviendas. Por todas las calles adyacentes los paseantes afluyeron, y los grupos se convirtieron en un gentío compacto. La efervescencia era grande, sobre todo en las inmediaciones de las oficinas del *Rappel*. Operáronse varias detenciones, pero un poco al azar, pues los curiosos se mezclaban con los agitadores y les facilitaban los medios de huir. Al mismo tiempo, Belleville se agitaba: cerráronse las tiendas, fueron desenganchados los caballos de los ómnibus y prendióse fuego á la empalizada de un taller y á un kiosco de coches de punto. Luego una partida de tres ó cuatro mil hombres (1) se dirigió hacia la Bastilla dando vivas á la República, hasta que fué dispersada por la guardia de París.

El 10 por la mañana un bando de la autoridad anunció que la ley sobre los grupos tumultuosos sería rigurosamente aplicada. Transcurrió el día no sin inquietud. Lo que era simple tumulto podía convertirse en motín de un momento á otro. El emperador llamó al prefecto de policía para que le enterase de todos los incidentes. Por la noche, y por cuarta vez, se reprodujo el mismo irritante espectáculo. En Belleville fueron saqueadas varias casas. En los bulevares se empezó una barricada delante del teatro de Variedades, y la fuerza pública, cesando al fin de guardar contemplaciones, envolvió la barricada y prendió á más de quinientas personas.

¿Cuándo iban á cesar los trastornos? Nadie se atrevía á esperar su fin. El 11, es decir, el quinto día, hubo las mismas aglomeraciones de gente, los mismos gritos sediciosos y las mismas represiones. Los tenderos se irritaban y en algunos puntos se ofrecían á auxiliar á los agentes de orden público: los burgueses, atraídos desde luego por el tumulto, recelaban de un *sport* que se hacía peligroso á causa de la exasperación de los individuos de la policía. En esto, varios chubascos retuvieron oportunamente en sus casas á los perturbadores y á los curiosos. De este modo se restableció la tranquilidad, después de una semana de escaramuzas. La oposición, sin prueba alguna y sin la menor sombra de verosimilitud, no dejó de acusar al gobierno de haber fomentado la sedición para explotarla. Mientras tanto, desde el fondo de su provincia, los conservadores recogían las noticias, las abultaban en su imaginación, observaban que al cabo de diez y siete años la paz pública era turbada por primera vez, y, comparando el presente con el pasado, experimentaban un principio de duda, un principio de desconfianza, respecto á un poder que, después de haber desplegado tanta energía, ya no sabía aterrorizar á sus enemigos.

Estaba escrito que para Napoleón envejecido no pasaría día sin disgusto. Apenas apaciguada la pequeña rebelión de los bulevares, un suceso deplorable proporcionó á los partidos extremos una ruidosa ocasión de indignarse.

El día 11 de junio estalló una huelga en la cuenca carbonífera de Saint-Etienne. No cabe duda que fué fomentada por agentes venidos de fuera, pues no la precedió ninguna de las reclamaciones habituales para

aumento de salario ó disminución de horas de trabajo. Además se había visto á hombres ajenos á la mina ir de pozo en pozo como para llevar una consigna. Desde el primer momento se gritó «¡Viva la Roja!» se cantó la *Marsellesa* y se pegaron carteles para intimidar á los obreros pacíficos. Los cabecillas se opusieron á que los trabajadores bajasen á las galerías y cargasen la hulla, manifestando la pretensión de detener el trabajo de las máquinas de agotamiento. Tales disposiciones presagiaban violencias. Llegaron á la cuenca carbonífera varios destacamentos del 4.º y 17.º regimientos de línea procedentes de Vienne y de Saint-Etienne. Las tropas fueron acogidas con gritos de «¡Vivan los soldados! ¡Al pozo los oficiales!» Las mujeres se acercaban á los soldados y les decían: «¡Tirad si os atrevéis!» Durante dos días, abundantes lluvias hicieron disminuir los grupos y por aquella parte quedó conjurado todo conflicto. En la noche del 15 al 16 de junio una compañía del 4.º regimiento de línea guardaba el pozo de la Ondaine, cuando sobrevino una partida que se opuso á la carga de carbón. Como los grupos aumentaban y eran cada vez más tumultuosos, el capitán Gausserand, que mandaba el destacamento, hizo prender á unos cuarenta amotinados de los más revoltosos. Al llegar la compañía que había de relevarlo, colocó á los prisioneros en medio de sus soldados y se dirigió hacia Saint-Etienne. Mientras tanto, la noticia de la detención había circulado por todos los establecimientos carboníferos. Para llegar á la ciudad había que pasar por un camino hondo, llamado camino del *Brulé*, cerca de Ricamarie. Hombres, mujeres y niños, reunidos en gran número, fueron por atajos hasta ganar la delantera á la tropa y trataron de cortar el camino. Otros, desde lo alto de las escarpas, interpelaban á los soldados. A las tentativas de soborno y á las amenazas siguieron los insultos y luego las pedradas. De todas partes acudían obreros, de modo que la columna iba á verse pronto envuelta. Muchos mineros iban armados: varios soldados recibieron perdigonazos; á uno de ellos le atravesó el brazo una bala de pistola. Todas las tentativas de apaciguamiento se perdían en medio del tumulto. El comandante de la compañía no se atrevía aún á recurrir á las medidas extremas. Los soldados se adelantaron á la orden de su jefe. Partió un tiro, seguido de una descarga general. Afortunadamente, muchos dispararon al aire, pues en aquella masa compacta ni una sola bala se hubiese perdido. De la muchedumbre salieron gritos terribles, seguidos de una huida loca. Diez muertos yacían en el suelo, amén de los heridos. Tal fué la *catástrofe de la Ricamarie* (2).

Despertar de los partidos extremos, simulacros de motines, huelga sangrienta, todo contribuía á agitar á los espíritus que el resultado de las elecciones hubiera debido tranquilizar. En tales coyunturas, el público se volvía instintivamente hacia el gobierno, acostumbrado como estaba, desde hacía diez y siete años, á confiar en él. Por desgracia, si el país abrigaba incertidumbres sobre su ruta, el emperador parecía buscar á tientas la suya.

(2) Proceso de la huelga de los mineros del Loira (Tribunal correccional de Saint-Etienne, audiencias de los días 2-7 de agosto de 1869). — Véase también el *Journal Officiel*, 19 de junio de 1869.

(1) *Journal officiel*, 14 de junio de 1869.